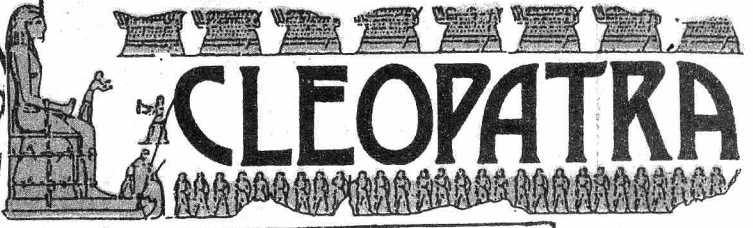


(E-10)



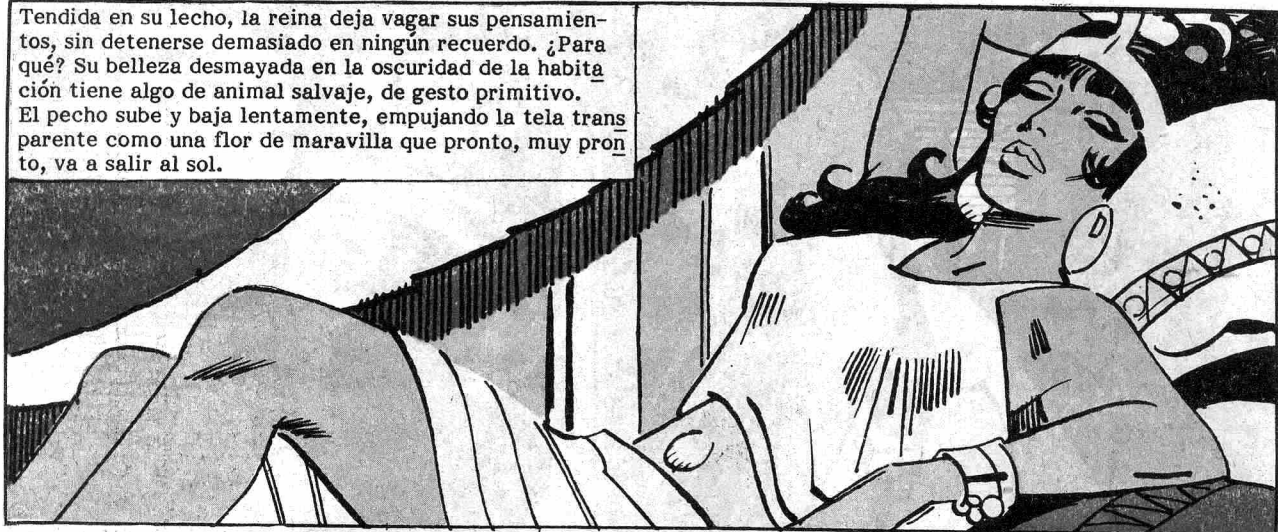
Por RICARDO FERRARI

**DEL AMOR
Y LA MUERTE**

Dibujos de MULKO

15-749

Tendida en su lecho, la reina deja vagar sus pensamientos, sin detenerse demasiado en ningún recuerdo. ¿Para qué? Su belleza desmayada en la oscuridad de la habitación tiene algo de animal salvaje, de gesto primitivo. El pecho sube y baja lentamente, empujando la tela transparente como una flor de maravilla que pronto, muy pronto, va a salir al sol.



En la puerta, los grandes ojos negros de la esclava la miran. Pero no como se mira a una reina. Sólo como se mira a un animal soberbio que se ha quedado sin fuerzas, a una hoguera que, irremediabilmente, se apaga. La reina le habla sin mirarla.



Sin sonreír, sin alzar la voz, sin apartar la vista, la esclava le contesta.

Porque ya no la odio, señora; sólo le tengo pena.



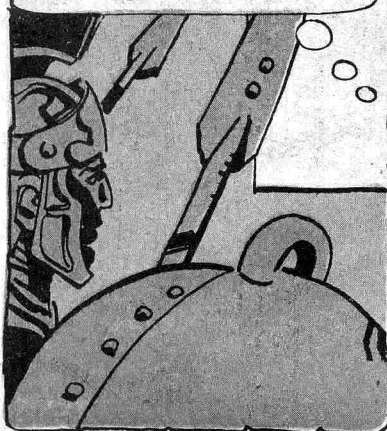
Y se va sin volverse, sin hacer una reverencia, sin besar el suelo ante ella. Cleopatra tamborileó los dedos sobre la cesta y casi sonríe.

(Eso es todo lo que me queda... El desprecio de una esclava... Tuvo que ser ella... Justamente ella...)



Fue cuando comenzaron a llegar las noticias. Una flota partía de Roma. Octavio le declaraba la guerra a Marco Antonio.

(Y yo seré la verdadera víctima. Quieren Egipto. Y mi cabeza...)



Los ojos de gata centellearon. No se diría. En ese momento lo decidió. En la guerra que libraban por ella, sin nombrarla, ella sería la vencedora.

(Claro que sí... Tengo un arma más poderosa que sus flotas...)



Se inclinó sobre el estanque y miró su figura. Los peces dorados pasaron a través del reflejo como una nube de estrellas de oro.

(Sí... Mi belleza... Y mi hijo.)



Al otro lado del patio, el niño alzó la cabeza como si hubiera oído los pensamientos de su madre.

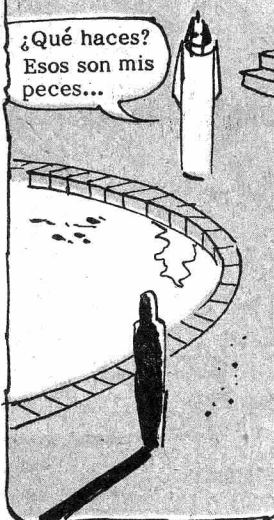
(El hijo de César... Sí... Si logro llegar a Roma, allí habrá quien lo apoye...)



(¿Qué...?)

El pececillo dorado relumbrió un momento al sol. La reina oyó los coletazos y el sonido apenas perceptible de las gotas cayendo en el agua.

¿Qué haces? Esos son mis peces...



No lo soltó. Lo apretó contra su pecho y retrocedió, atemorizada.

Mi señora... Por favor... Es para salvar la vida del hombre que amo...



¿Para salvar la vida de un hombre?

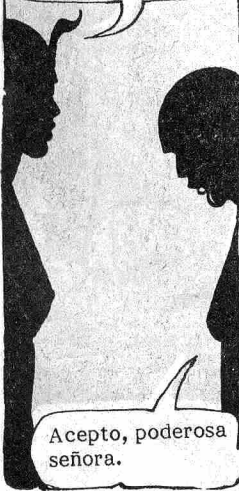


Poderosa señora, ese hombre es tu esclavo, y sirve en tu nave capitana. Y ahora que vienen los romanos, deberá ir a pelear. Y conozco un amuleto para que no muera ahogado. Debe hacerse con la cabeza de uno de estos peces...

Ah...

Una esclava enamorada. Cleopatra la miró y tuvo ganas de reírse. Una vez, hace mucho, conoció el amor de la mano de un esclavo. Pero prefiere no recordarlo.

Bien... Pero tiene un precio.



Acepto, poderosa señora.

La boca sensual se torció en un rictus cruel. Había decidido quebrar ese amor, obligar a esa mujer a renegar de él.

Diez azotes.

Acepto.



No... He cambiado de idea. Serán...cin cuenta.

Acepto.

Espera, pensándolo bien...





Acepto lo que sea.

No lloró. No gimió. No imploró. Ni siquiera hubo en su voz algo que revelara miedo, o indignación.

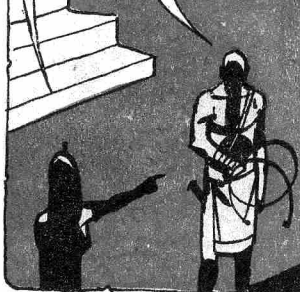
Acepto el precio que imponga, señora.



Y la mujer de belleza perfecta palideció de furia. Porque de pronto, sin siquiera imaginarlo, había rozado algo que, para ella, siempre sería un misterio inalcanzable.

Tú. Azótala.

¿Cuánto, mi señora?



Había rozado el amor.

Hasta que se desmaye...



Tendida en su lecho, la reina deja vagar sus pensamientos, sin detenerse demasiado en ningún recuerdo. ¿Para qué?



En la puerta, los grandes ojos negros de la esclava la miran. Pero no como se mira a una reina.

Sin sonreír, sin alzar la voz, la esclava le contesta.

Porque ya no la odio, señora; sólo le tengo pena.

Y se va sin volverse, sin hacer una reverencia. Cleopatra tamborilea los dedos sobre la cesta y casi sonríe.

(Eso es todo lo que me queda... El desprecio de una esclava... Tuvo que ser ella... Justamente ella...)



La has traído... ¿Por qué?



No tiene miedo. Temen los que pueden perder algo. Y ella ya no tiene nada que puedan quitarle.



Ya todo está perdido.

La abre con calma. Puede oír el crujido del mimbre y oler los higos que antes, alguna vez, fueron guardados en ella.



Todo empezó mal con la batalla...

Las flotas viraron, y a fuerza de remos se lanzaron una sobre otra. El tam-tam-tam de los tambores que marcando el ritmo a los esclavos se oía como gigantescos corazones secretos. En la proa de su nave, la reina miró las velas rojas en el filo del horizonte y se estremeció.



¿Venceremos?

Tras ella, el oficial suspiró. Fugazmente recordó a su esposa y sus hijos, que vestían luto por él desde antes de zarpar.



No, mi reina. A lo más que podemos aspirar, es a una batalla sangrienta que termine con ambas flotas destrozadas.

La reina oyó. Se envolvió en su túnica y, tras un extraño silencio, sacudió la cabeza y habló.



Vira. Regresamos. Ordena a la flota que nos siga.

El oficial parpadeó.



¿Regresar? Mi señora, Marco Antonio...

Marco Antonio sabrá cómo arreglarse.

Y entonces lo vio, sentado al remo. Y vio el pequeño amuleto en el pecho.



¿Eso...es el cráneo de un pez?

Sí, mi señora. Me lo dio la mujer que amo, para que las aguas me respeten la vida.

Recuerda a la esclava, la esclava inmune bajo los latigazos, pronunciando una y otra vez un nombre que el chasquido del cuero contra la carne no dejó oír. Y sintió esa lealtad ciega, ese amor capaz de todo sacrificio y toda entrega como una afrenta.



Arrojen este hombre al mar.

No...



Y vámonos de una vez.

¡Nooo!



¡Ahhhh!



Desde su trirreme, Marco Antonio vio virar las sesenta naves egipcias. Casi al instante, oyó la ovación de júbilo que subía de la flota enemiga.

No... Se retira...



¡No! ¡Mi señora, regresa!



La flota ardió un día entero. Durante un largo día los barcos de Marco Antonio fueron horribles piras, donde se consumía su sueño de poder, y su espejismo de amor.



Y el general lloró de espaldas a los trirremes humeantes, para no ver tanta muerte y tanta desolación. Pero no lloró la derrota. En su llanto, había un único nombre.



Cleopatra...



Cleopatra... ¿Por qué me has abandonado?

De la nave marchó directo al palacio. Atravesó la ciudad que ya se preparaba para recibir a los vencedores, sin quitarse la armadura ni secar el llanto.

(Sé lo que me dirá.)

(Me dirá que tuvo miedo. Que por eso huyó. Y que sus naves la siguieron. Sólo eso.)

(Y estaremos juntos. Solos, pero juntos...)

Y de pronto los ojos de gata se fijaron en él. No había pena, o vergüenza. Y la boca que lo besó tantas veces dejó salir una única, última frase.

¿Estás vivo? Creí que los oficiales romanos se mataban al ser derrotados...

No... Tú no puedes hablarme así...

Tú no puedes hablarme así. Yo...

Yo te amo...

Pálido, tembloroso, dejó caer su casco. Y el retumbo del metal sobre el mármol, multiplicado en la soledad helada del palacio, se le antojó el es trueno de su vida derrumbándose.

Por los dioses... ¿Cómo pude creerte?

Tendida en su lecho, la reina deja vagar sus pensamientos, sin detenerse demasiado en ningún recuerdo.



En la puerta, los grandes ojos negros de la esclava la miran.

La has traído...¿Por qué?



Sin sonreír, sin alzar la voz, la esclava le contesta.

Porque ya no la odio, señora; sólo le tengo pena.



Y se va, sin volverse, sin hacer una reverencia. Cleopatra tamborilea los dedos sobre la cesta y casi sonríe.

(Es eso todo lo que me queda...El desprecio de una esclava...Tuvo que ser ella...Justamente ella...)



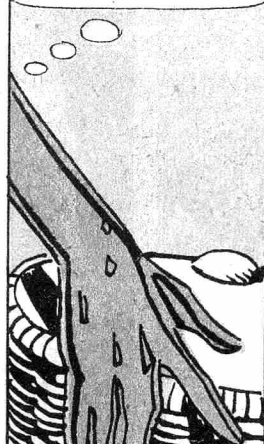
No tiene miedo.

Ya todo está perdido.



Algo se mueve dentro de la cesta. Algo se agita.

(Ah...Está despierta...)



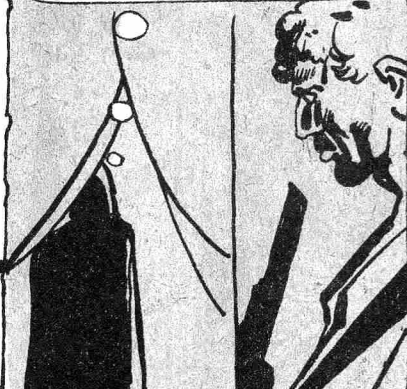
La inclina sobre el lecho y le da un golpe suave con la palma de la mano. Comprende que no es suficiente, y la golpea otra vez.

Y además, Octavio...



Octavio la recibió en su tienda de campaña. Delgado, enfermizo, sumergido entre planos y partes, a la reina se le antojó un ratón inmenso.

(He domado tigres. ¿Por qué no domar ratones?)



Él la miró. Hizo un gesto y la tienda quedó vacía.

La reina está aquí...Me preguntaba cuánto tardarías.

Sentado en su silla de campaña, la observó con atención. La reina notó su mirada y simplemente, lo dejó hacer.

(Eso es, hombrecito...Deséame. Que con ese deseo, yo te forjaré una cadena...)

Ya sé, vienes a que te agradezca tu oportuna retirada. Sin ella, la victoria no habría sido tan grande.

Ah, eso.

Y lentamente, muy lentamente, desabrochó su capa.

No. No he venido por eso.

He venido por otra cosa.

Ah...Comprendo ahora por qué César y Antonio fueron tus esclavos...

Pero conmigo será distinto, reina. Porque yo soy como tú. Para mí, el amor y el placer no cuentan.

De pronto los ojos tuvieron un destello feroz, y la boca de labios femeninos esbozó algo que casi era una sonrisa.

Sólo cuenta el poder...

El cuerpo perfecto pareció congelarse. A la luz de las lámparas, Octavio vio cómo la piel se erizaba.

Tienes miedo...Has entendido, entonces.

Cleopatra había entendido. Toda su belleza, toda su perfección animal nada podía contra aquel hombre. Y entonces recurrió a su última arma.

Mi hijo...Es hijo de César...él...



No temas por él.



Tendrá un funeral digno de un príncipe.



Ahora mismo su cuerpo y su cabeza están siendo embalsamados.



No habrás creído que dejaría semejante peligro a mis espaldas...

Quando regresó al palacio estaba vacío. Algunos esclavos huían con comida y armas.



(Se acabó...)

Sólo quedaba ella, de rodillas junto al estanque, riendo y orando.

¿Qué le sucede?

El río le ha devuelto al hombre que ama. Desapareció hace tres días, durante la batalla. Y está agradeciendo.



¿Agradece un cadáver?

¿Un cadáver? Oh, no. El padre Nilo se lo devolvió vivo.

La reina comprendió que allí debía de haber una lección para ella. Pero ya no tenía tiempo para nada, ni siquiera para tratar de entenderla.

¿Dónde está Marco Antonio?



La muchacha se detuvo en seco. Parpadeó, bajó la vista y se retorció las manos.



Él...él creyó que estabas muerta, señora.

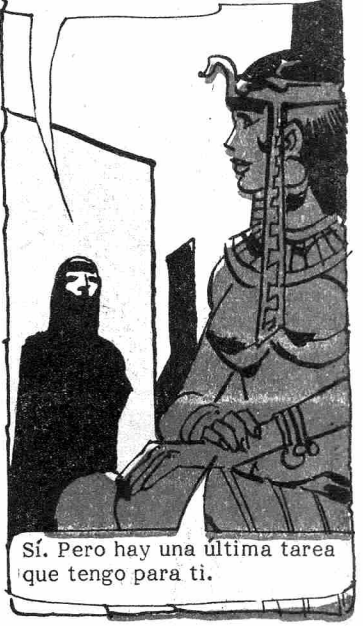
Y se mató.



Se mató...Se mató por mí...



Mi señora...; Puedo irme? No quiero estar aquí cuando lleguen los romanos.



Sí. Pero hay una última tarea que tengo para ti.

Hay algo que quiero que me consigas. Haz que una de las esclavas me lo traiga.

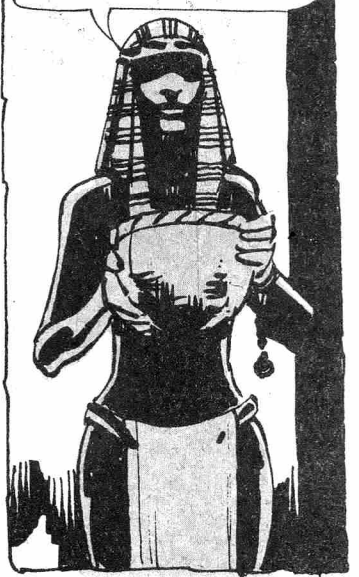


Se recostó. No recordó las noches de fingida pasión, de falso amor. Sólo miraba la oscuridad. Nada más.



Matarse por mí...

Lo que ordenaste, señora.

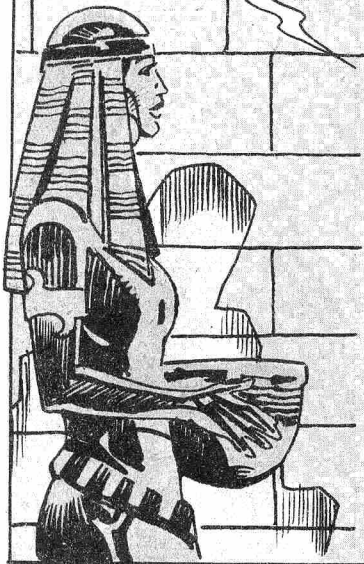


Tendida en su lecho, la reina deja vagar sus pensamientos, sin detenerse demasiado en ningún recuerdo.



En la puerta, los grandes ojos negros de la esclava la miran.

La has traído...¿Por qué?



Sin sonreír, sin alzar la voz, la esclava le contesta.

Porque ya no la odio, señora; sólo le tengo pena.



Y se va, sin volverse, sin hacer una reverencia. Cleopatra tamborilea los dedos sobre la cesta y casi sonríe.

(Eso es todo lo que me queda...El desprecio de una esclava...Tuvo que ser ella...Justamente ella...)



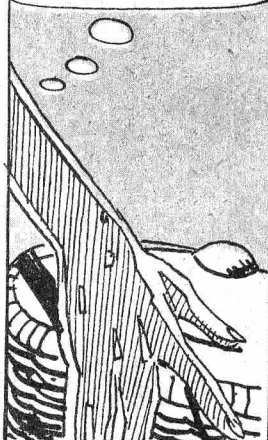
No tiene miedo.

Ya está todo perdido.



Algo se mueve dentro de la cesta. Algo se agita.

(Ah...Está despierta...)



La inclina sobre el lecho y la golpea con la palma de la mano.

Y además, Octavio...



Y por fin, con un siseo, la criatura abominable sale de la cesta.



Los ojos de gata miran en otra dirección. No quiere verla.

Apresúrate. No creo que...



¡Ah!



Ya está...



Así muere la reina, la mujer de belleza perfecta, de sensualidad irresistible. Muere sola, en un palacio vacío y a medias saqueado, temiendo oír al vencedor que llega. Muere sin amor, sin recordar su única oportunidad de amor. No muere por vergüenza, o para evitar la humillación de la esclavitud, o de la indiferencia.

Muere porque ya no tendrá poder. Y eso le resulta insoportable. Construyó un imperio sobre los sentimientos de los demás, y ese mismo imperio fue la tumba de los suyos.

De esa obra, nada queda. Sólo su historia de ardiente soledad que, por tan mítica, jamás volverá a ser verdadera.

La historia de Cleopatra.
La reina.

Fin